

la Groenlandia, tal número de osos blancos, que los compara á apretado rebaño, adornado con níveas lanas.

El oso polar, durante la crudeza del invierno, permanece sumergido en un semiletargo, casi sin comer.

La alimaña de los polos es el más terrible adversario que en aquellos sitios puede hallar el hombre. Cuando el oso traba batalla con uno de nuestros congéneres, éste sólo puede escapar con vida dejando muerto á su adversario. La bala que no se aloja en la cabeza ó corazón del oso no hace más que irritar á la fiera.

II

Los narradores verídicos nos pintan al oso blanco, en su lucha cuerpo á cuerpo con el hombre, arrancándole la lanza ó el fusil de entre las manos. Larga es la lista de tripulantes de barcos balleneros que perecieron, víctimas de su temeridad y arrojo, al ir en busca de la feroz alimaña de los polos.

La lucha con el oso en el mar ofrece menos peligros, porque su velocidad es menor que en tierra ó sobre los témpanos de hielo, y el buque ofrece, en su movable fortaleza, seguridad y abrigo al hombre. De suerte, que las desgracias que ocurren suelen ser producidas por imprudencias ó descuidos. Hace algunos años, un buque encallado entre el hielo, en la bahía de Davis, en las costas del Labrador, ofrecía, entre la naturaleza muerta y silenciosa, un característico espectáculo.

La nieve congelada formaba caprichosas montañas, con todas las figuras geométricas; pirámides y prismas en que la luz opaca, pálida y medrosa del polo se descomponía en extraños y misteriosos reflejos.

La embarcación era un ballenero, tripulado por diez hombres; seres arrojados, rudos, avezados á luchar con los elementos, y que ponían diariamente en peligro su vida á cambio de un puñado de oro.

Era la hora de la comida. Á despecho de la situación poco halagüeña en que se hallaba el buque, aislado, entre montañas y barreras de hielo, los marineros reían, alborotaban y comían con buen apetito las duras galletas y bizcochos, y las conservas, apurando sendos tragos de *kummel* y *brandy*.

Uno de los marineros dijo, entre carcajadas:

—Esta es la vez primera que visito el polo, y afirmo, por mi salud, que tengo por solemnes paparruchas lo que se cuenta de los osos blancos.

—No os riáis, Jonh,—dijo gravemente uno de los balleneros, hombre algo entrado ya en años;—el oso blanco es feroz, y su choque terrible para el hombre.

—Pues bien,—añadió Jonh, levantando en alto el vaso:—brindo para que se me ofrezca ocasión propicia de batirme con un oso blanco.

—¡Hurra por Jonh!—gritaron todos los marineros, levantando á su vez los vasos.

La Providencia no debía tardar en satisfacer al incrédulo marinero.

Dos días después, estando de guardia, mientras sus compañeros comían alegremente, Jonh vió, sobre un témpano de hielo, á un inmenso oso blanco.

Lleno de emoción, vió Jonh acercarse la alimaña, atraída, sin duda, por el olor de la comida.

El marinero no dió la voz de alarma, y solo, armado de acerado chuzo ó lanza, bajó del buque á los congelados témpanos, merced á una escala de cuerda.

Sin reflexión, ávido de alcanzar renombre y el aplauso de sus compañeros, Jonh se dirigió en derechura al encuentro del oso blanco, que, aguijoneado por el hambre, no retrocedió, y, antes al contrario, se puso derecho, erguido y en actitud de lucha.

Jonh, sin parpadear, y con gran ímpetu, dirigió su chuzo al pecho del oso. Éste, abiertas las fauces, y levantadas sus manos, armadas de poderosas garras, se lanzó sobre el marinero, y, cogiéndole con sus velludas patas, le apretó, haciendo astillas el cuento del chuzo.

Herido, bien que no mortalmente, el oso, cogió con sus dientes al marinero, y como si fuera una pluma le arrebató, huyendo velozmente de aquellos sitios.

Los gritos de los marineros, que, habiendo notado la desaparición de Jonh, habían sido, desde el buque, testigos de la temeridad de su compañero, no detuvieron al oso, y, antes bien, dieron alas á sus pies.

Por más pesquisas que se hicieron, no pudieron hallarse los restos del infortunado marinero.

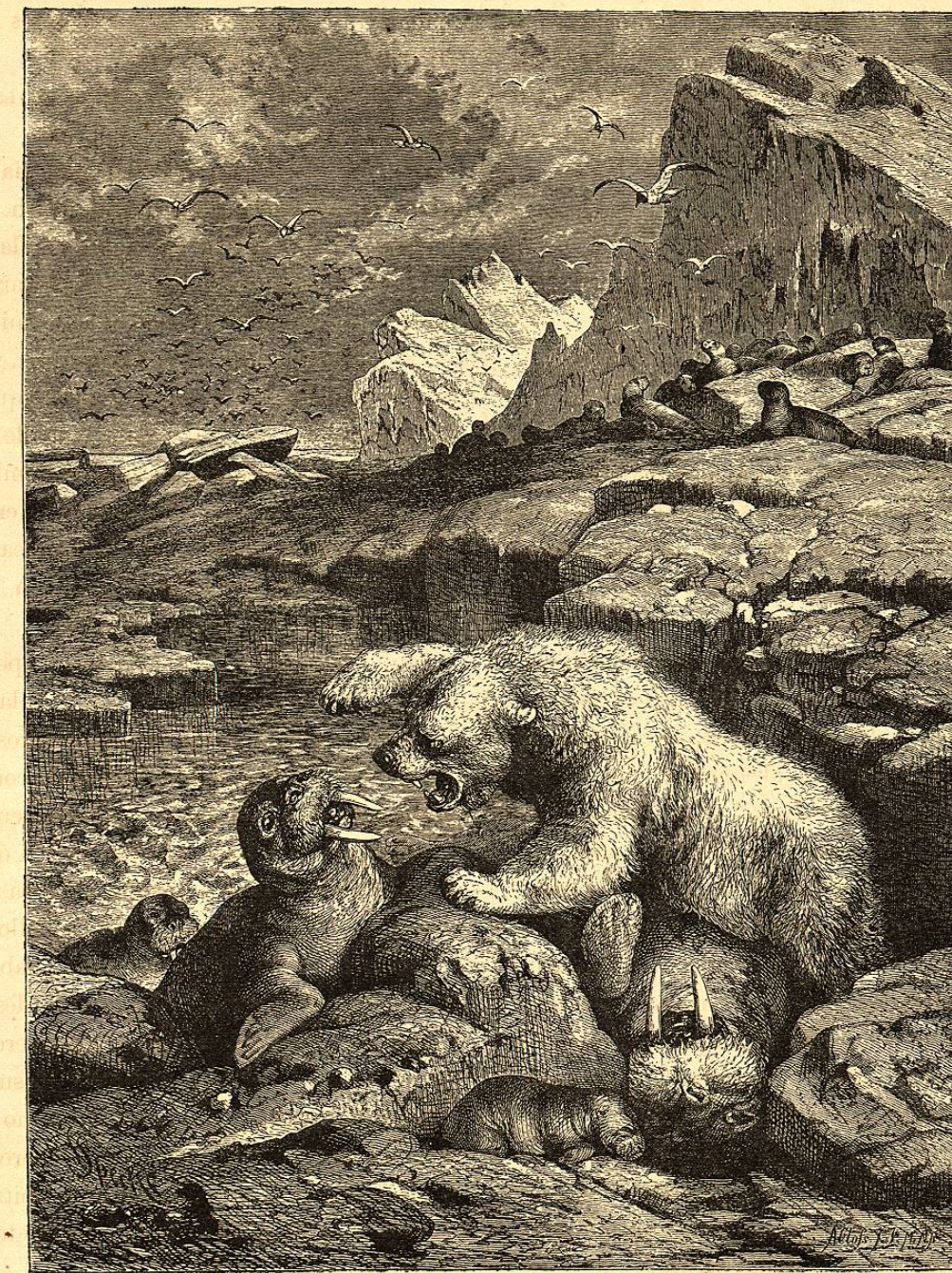
Los holandeses que descubrieron Spitzberg en 1596 tuvieron más de un encuentro con los terribles moradores del polo.

El buque que los conducía había anclado en una isla situada cerca del estrecho de Waigatz. Dos hombres de la tripulación bajaron á tierra, y se paseaban por la playa, cuando uno de ellos se sintió cogido bruscamente por detrás. Juzgó el marinero que era una broma de uno de sus camaradas, y dijo, con acento alegre:—¿Quién anda por aquí?

El otro marinero se volvió; y lleno de pavor, gritando:—¡Un oso! ¡Un oso!—dirigióse, corriendo, hacia la embarcación, dando la voz de alarma.

Los marineros, armados de lanzas y mosquetes, se dirigieron á dar auxilio á su compañero; pero era tarde, pues el oso había ya destrozado el cuerpo del marinero.

La fiera, lejos de huir, hizo frente á los tripulantes; y, arrojándose sobre uno de ellos, fué tal el pavor que infundió á los demás, que, dando gritos, pusieron pies en polvorosa, dirigiéndose hacia el buque.



Oso luchando con focas

Llegados á seguro los marineros, miráronse, avergonzados, unos á otros, echándose duros reproches. Tres resolvieron tomar venganza de la fiera, y avanzaron haciendo fuego; pero se hallaban á gran distancia del oso, y ninguna de las balas hizo blanco.

Uno de los tripulantes avanzó resueltamente, y, apuntando con serenidad, alojó una bala en la cabeza

del animal. El oso seguía teniendo entre sus garras el cadáver de su compañero, y fué necesario rematarle á bayonetazos.

El capitán Murwé, contó á Scoresby otro encuentro desgraciado con el oso blanco. En 1820, el navío de Murwé hallábase amarrado á un témpano del mar de Groenlandia. Otro marinero se empeñó también en ir

al encuentro de un oso blanco que se veía á lo lejos, ocupado en la caza de las focas.

Después de haber apurado una botella de ron, armado de acerado tridente, bajó del buque, sin escuchar las amonestaciones y avisos de sus compañeros. Atravesó los hielos, los *hummocks*; y tras una marcha de media hora, rendido y fatigado, y ya no tan belicoso, llegó cerca de su enemigo, que sin intimidarse le esperaba en actitud de lucha.

El valor del marinero se había, en gran parte, desvanecido; los vapores del ron se habían disipado también; ¡el oso era tan grande! ¡miraba de una manera tan amenazadora! El marinero, arrepentido ya, se trocó de agresor en agredido, y se preparó para la defensa.

El oso no se movía; en balde nuestro marinero, para alentarse, imaginaba las burlas y rechiflas de sus compañeros: el valor es prenda que no se recobra fácilmente.

De repente el oso hizo un movimiento como para lanzarse sobre su adversario.

La última ráfaga del valor del marinero se extinguió, y, pies para qué os quiero, emprendió vergonzosa fuga.

Entonces empezó el verdadero peligro. El oso persiguió al marinero; y, avezado á deslizarse y correr sobre el hielo, ganaba terreno y se hallaba ya próximo á alcanzar al marinero, cuando éste, en el paroxismo del terror, dejó caer el harpón al suelo y aceleró la carrera.

Por fortuna, el oso se paró, examinando el harpón, lo olfateó, le dió vueltas entre sus patas y lo mordió. Aprovechó esta tregua el fugitivo; pero, al fin, el oso dejó el harpón, y siguió de nuevo las huellas del marinero.

Al ver cerca á la fiera, el hombre dejó caer una prenda de su traje, artificio que logró la fortuna de detener de nuevo al oso.

Prolongóse esta escena de persecución, repitiéndose las paradas, merced á las prendas de que se despojó el marinero, y que eran desgarradas con furor por el oso; hasta que, rendido y jadeante de fatiga, llegó cerca de sus compañeros, que, armados hasta los dientes, cubrieron su retirada.

Ya era hora: el pobre cayó al suelo exánime. Los marineros dispararon contra el oso, que, herido, y ante el número de enemigos, juzgó prudente emprender la retirada.

La fiera, en breve, desapareció entre las espesas brumas, y los marineros no osaron perseguirla.

Muchos naturalistas afirman que los osos adultos y

las hembras jóvenes del polo no dormitan en invierno, sino que ruedan sin cesar.

Durante el invierno, los esquimales cazan el oso blanco.

El amor materno hállase prodigiosamente desarrollado en las osas del polo. Enseñan á sus pequeñuelos á nadar y á coger peces.

Los balleneros y los viajeros y exploradores de Groenlandia nos refieren curiosos detalles acerca del amor maternal de las osas del polo.

Scoresby cuenta que una osa con dos pequeñuelos fué perseguida entre los témpanos por varios marineros. Al emprender la fuga, excitaba á sus hijuelos á acelerar la marcha, lanzando gemidos; pero, viendo que los enemigos se acercaban, con todas sus fuerzas logró empujar á los oseznos, y escapar de sus perseguidores.

Otra hembra, sorprendida por los tripulantes del *Kane*, y acosada por los perros, huía, llevando apretados contra su pecho, y agarrados con los dientes, á sus pequeñuelos. Muerta la fiera, los oseznos, subidos sobre el cadáver de la madre, hicieron frente á los cazadores hasta que cayeron muertos por una bala.

Los tripulantes del buque *La Carcasse*, refieren que, mientras el buque estuvo aprisionado entre hielos, los vigías señalaron á tres osos, que se dirigían hacia el buque, sin duda atraídos por el olor del pescado frito por los marineros sobre los témpanos de hielo.

Era una osa seguida de dos oseznos, ya crecidos, y casi tan fuertes como su madre.

La tripulación, desde el buque, vió á la osa y sus hijuelos lanzarse sobre la hoguera, y coger parte del botín. Dispararon, y, uno tras otro, mataron á los oseznos é hirieron á la osa.

Entonces ocurrió una escena indescriptible: la osa, lanzando horribles rugidos, corría de uno á otro de los cadáveres de sus hijuelos, tocándolos, examinándolos, lamiendo sus rojas heridas; y, sólo cuando se convenció de que estaban muertos, se alejó, dando señales de inmensa desesperación. Una bala, certeramente dirigida, dejó también sin vida á la madre.

III

La caza del oso blanco ó polar, es, según queda apuntado, muy peligrosa.

Los esquimales, los jakutas, y los samoyedos, cons-

truyen garitas de madera, donde se refugian para aguardar al oso.

Seemann describe el siguiente artificio usado en aquellas regiones para cazar el oso blanco.

Consiste en un pedazo de ballena, unido por las puntas, de 60 centímetros de largo y 10 de ancho, cubierto de grasa helada. Lanzan, á guisa de flecha, al oso, aquel cebo, y huyen.

La fiera lo olfatea, le seduce el olor y lo traga, ha-

llando segura muerte. El calor funde la grasa, y la ballena, al dilatarse, destruye el estómago del oso.

Los europeos emplean en la caza del oso otros artificios que los esquimales; pero, á despecho de las armas de fuego, no siempre salen vencedores de la lucha.

Una de las cazas más características de aquellas regiones es la de coger á las osas junto con sus crías.

Sepultadas entre la nieve con sus crías, permanecen



Los oseznos, subidos sobre el cadáver de la madre, hacen frente á los tripulantes del *Kane*

las osas en cautiverio, hasta que el Sol, derritiendo la nieve, les abre el paso.

Los indios del norte y los esquimales cogen, todos los años, en sus guaridas de invierno, centenares de osos con sus crías.

Áquellos indígenas descubren los retiros de las alimañas, unas veces valiéndose de los perros, que aran y escarban el suelo, cubierto de nieve; otras guiados por su pericia é instinto de cazadores, que les hace descubrir pequeñas hendiduras entre el hielo, por donde respira el animal.

Cuando los cazadores han observado el sitio donde

dormita aletargado el oso con sus hijuelos, entonces rompen el hielo y matan á la fiera á lanzadas, ó bien abren una especie de paso ó túnel entre la nieve, y, merced á un nudo corredizo echado á su cuello, ó á una de sus patas, le sacan fuera.

Locura insigne es dirigirse solo á la caza del oso blanco, por esforzado y valiente que se sea. La fiera tiene la vida dura, y se defiende, con temeridad y hasta el último extremo.

Abundan los ejemplos de dolorosos accidentes y desgracias ocurridos en la caza del oso blanco; y más de una vez se ha visto al oso, herido, arrebatar á uno